
Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión

TERESA CRISTINA CARRETEIRO*

Resumen

Ubicado en un contexto de exclusión social en Brasil, este trabajo estudia una historia de vida en particular. A partir del recorrido por los espacios institucionales y marginales donde ha vivido Daniel, se ponen de relieve las estrategias conscientes e inconscientes a las que recurrió para sobrevivir a las prácticas perversas de los internados públicos. La segunda parte aborda las implicaciones de una historia de vida en términos de la historicidad y reflexión para el propio sujeto.

Abstract

Located within the context of social exclusion in Brazil, a particular life story is studied in this work. Starting with a visit through the institutional and marginal spaces where Daniel has lived, the conscious and subconscious categories he used to survive the perverse practices of public hospices are stressed. The second part of the paper deals with the implications of a life story regarding the historicity and reflection for the subject.

Palabras clave: historia de vida, instituciones, trayectoria de vida, sujeto, memoria, herencia, historicidad.

Key words: life story, institutions, life path, subject, memory, heritage, historicity

El tiempo se vuelve tiempo humano en la medida en que esté articulado conforme a un modo narrativo y el relato alcanza su significación plena cuando se vuelve una condición de existencia temporal.¹

Paul Ricoeur

* Profesora titular de la Universidade Federal Fluminense, Río de Janeiro, Brasil. Psicóloga.

¹ Ricoeur, P., 1983, *Temps et récit*, tomo I, París, Seuil, p. 85.

En este artículo se presenta la historia de vida de un actor social, Daniel.² En primer lugar, se expondrán algunas formas perversas de educación vividas por el sujeto, así como las estrategias que ha aplicado, de manera consciente o inconsciente, para sobrevivir o escapar de ciertos aspectos mortíferos generados por las prácticas de los internados públicos donde vivió en Río de Janeiro, Brasil. En segundo lugar, se mostrarán y analizarán los efectos de cambio que se lograron en Daniel gracias a un trabajo basado en su historia de vida.

Elección de la metodología de trabajo

Los relatos de vida se pueden considerar (Bertaux, 1971 y 1997) relatos de prácticas sociales, dado que permitirán reconstruir la lógica de producción de las prácticas y el análisis de los vínculos forjados en las relaciones sociales. Asimismo, a través del relato, podemos apreciar la manera en que cada sujeto se reapropia del universo socio-histórico donde se ha criado (Ferrarotti, 1983). El relato de vida, microrrelación social, es también el resultado de la manera singular en la que cada sujeto muestra cómo se constituye en dueño de su historia.

Dos razones nos motivaron a realizar un trabajo sobre la historia de vida de Daniel. La primera es que él manifestaba un enorme interés en hablar de su vida. Este interés fue aumentando conforme avanzamos en las entrevistas. Durante su relato, demostró un entusiasmo cada vez mayor en dar a conocer su trayectoria y reconstruirla frente a dos interlocutores, la autora de este artículo y un colega psicólogo.³

La segunda razón es el gran liderazgo ejercido por Daniel en la comunidad en la que vivía, donde nuestro equipo llevaba a cabo una investigación en acción sobre la historia y la memoria comunitaria.⁴

Los encuentros con Daniel se celebraron de manera no sistemática durante tres años (cuando menos una vez cada dos meses). El relato se llevaba a cabo fuera del lugar donde vivía, lo que permitía que su discurso se apartara de aspectos comunitarios muy dominantes. El marco elegido fue la universidad donde trabajaba la autora. Esto permitió que Daniel tomará distancia de su vida cotidiana y ofreciera un discurso más comprometido.

² El nombre del actor social que se usa en el texto es ficticio.

³ Paulo Fernando Santos, a quien agradecemos su estrecha colaboración. El presente artículo es el fruto de un trabajo de campo conjunto y deliberaciones a fondo sobre el tema.

⁴ Esta investigación, coordinada por la autora, contó con el apoyo financiero del CNPq (Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico), organismo brasileño responsable de la investigación académica.

Una vida encerrada en instituciones

Cuando se iniciaron las entrevistas, Daniel tenía 29 años. Nació en 1969 en Niteroi, ciudad del estado de Río de Janeiro, Brasil. Su relato empieza a la edad de cuatro años, cuando tras la separación de sus padres, al irse su madre, su padre lo lleva junto con sus hermanos a un internado público.

Cabe precisar el marco institucional y sociohistórico de los internados brasileños, incluidos los que albergaron a Daniel. En Brasil, a partir del siglo XIX empieza a cobrar fuerza el modelo de la filantropía, que pretende apoyarse en la ciencia y organizar la asistencia ante las nuevas exigencias sociales, políticas, morales y económicas surgidas con la instauración de la joven república brasileña. Bajo la influencia del positivismo, los filántropos creían que podían forjar un hombre nuevo capaz de ser práctico y dedicado a su trabajo. El trabajo se vuelve el elemento de orden para el dominio sobre el individuo. Hubo entonces una proliferación de institutos cuyo objetivo era dar capacitación a los niños en condiciones desfavorables o abandonados. La rigurosa disciplina de estos lugares se considera el elemento más importante para establecer las condiciones de readaptación social del niño.

La experiencia de Daniel en los internados de la FUNABEM (Fundación Nacional para el Bienestar del Menor), creada por la dictadura militar brasileña (1964-1984), ofrece una idea concreta de la manera en que los internos podían vivir la disciplina.

LOS INTERNADOS: HACIA UNA VIDA APRISIONADA

A partir de 1973, Daniel pasa su infancia y su adolescencia en instituciones dirigidas por el Estado.

Este momento representa un suceso “catastrófico” (M. Legrand, 1993a y 1993b) pues se produce un cambio brusco en la trayectoria que vivió hasta entonces y plantea una discontinuidad. Así, podemos decir que el ingreso al internado marca un viraje en su recorrido existencial, de la noche a la mañana se ve privado de su familia, sobre todo de la convivencia con sus hermanos y su medio ambiente.⁵ Los internados empezarán a invadir los escenarios de su vida. Fungirán como instituciones totalitarias (Goffman, 1968). En estas instituciones se crea un aislamiento del mundo exterior; por parte del establecimiento existe el compromiso de hacerse cargo del conjunto de las necesidades de los individuos y la obligación de observar escrupulosamente un reglamento que interviene en la intimidad del sujeto y programa todos los detalles de la

⁵ C. Abels aborda este tipo específico de suceso en su tesis (1997). Ella lo ha llamado “suceso colocación”.

existencia cotidiana. Castel nos dice que “todas estas características corresponden lo mismo a un hospital psiquiátrico que a una cárcel [...] o a un campo de concentración” (Castel, 1968, p.11). Daniel expresa muy bien todo esto cuando dice: “A los cuatro años empecé mi carrera en el internado. Es como una prisión”.

Conforme a las reglas institucionales de aquel entonces, los centros de selección eran los primeros albergues y ahí se elegía una institución para que residiera el niño. El periodo de “selección” debía ser breve, puesto que estos centros no eran más que un lugar de tránsito. Sin embargo, la realidad estaba muy lejos de los objetivos instituidos; Daniel permaneció ahí seis meses. Sus recuerdos, pese a su corta edad, están llenos de tristeza y odio. Fue maltratado por los inspectores. También en el centro de selección se separó por primera vez de sus hermanos.

La rutina institucional se describe como violenta y aburrida. “No hacíamos nada ahí, sólo la selección... estábamos encerrados, sentados todo el día”. Las comidas eran las únicas actividades ritualistas que marcaban la rutina diaria.

El conjunto de actividades, o su ausencia, se puede considerar una especie de ritual perverso destinado a establecer una barrera entre el mundo interior y el mundo exterior. Se trata de una forma de acostumbamiento forzado al mundo institucional. Daniel lo expresa diciendo: “Estamos ahí para habituarnos, sólo cuando están seguros de que nos hemos adaptado a enfrentar la vida en un internado, nos dejan ir”.

El acostumbamiento a la institución se logra por medio de técnicas disciplinarias. Encontramos aquí las interpretaciones de Foucault cuando expone que las ideas de castigo se suceden de manera ininterrumpida (Foucault, 1975, p. 105) para obtener cuerpos dóciles, que acaten las normas institucionales. El relato de Daniel a este respecto es bastante conmovedor. Narra los castigos que él y sus compañeros sufrieron en el centro de selección. Describe los lugares de reclusión, celdas con rejas, donde encerraban a los niños que se portaban mal o intentaban escapar. La ubicación de estas “pequeñas cárceles” era ejemplar, al lado del comedor, de manera que todos pudieran ver al que estaba encerrado. Este castigo apostaba a la visibilidad; el recluso era objeto de la burla de sus compañeros, lo que lo hacía sentirse humillado. Era así como este represivo sistema disciplinario esperaba someter a los alumnos por medio de la humillación. Con ello, el poder institucional procedía a la invalidación de la identidad del sujeto; el sistema sólo permitía alteridades mínimas. Inspirándonos en De Gaulejac (1997, p. 86), podemos suponer que este sistema generaba tres tipos de violencia: física, la ejercida en el cuerpo del interno; simbólica, relacionada con las miradas humillantes que los otros, los representantes de la sociedad, dirigían al interno, y psicológica, que “minaba la imagen de sí mismo”, y producía cólera e impotencia.

Por su edad, Daniel jamás fue a parar a las celdas; sin embargo, por identificación con sus iguales, interiorizó en gran medida la represión, lo que hizo que tuviera una

conducta “más dócil”, adaptada, para no sufrir violencia física. No obstante, fue víctima de otros castigos que lo dejaron muy marcado. Hasta la fecha sigue guardando rencor contra algunas personas que lo humillaron.

La vida de Daniel prosiguió en el marco institucional hasta los 18 años. En ese lapso, a los ocho años, hubo otro “viraje” en su vida. A partir de esa edad su padre dejó de visitarlo. Desapareció sin saber por qué. Gradualmente, empezó a atribuir un sentido a este viraje: el rompimiento definitivo con el sueño de poder recobrar una vida familiar y volver a vivir en una ciudad. ¿Pero por qué lo había abandonado? Esta pregunta carece de una respuesta objetiva, pero está llena de tristeza. Además, este suceso también representaba las humillaciones padecidas los días de visita. Los alumnos que no tenían visita se quedaban encerrados, por temor a que se escapan. Esta situación creaba una división entre los internos: los que tenían familia y los que estaban abandonados.

No fue sino hasta los diecisiete años cuando se enteró de que la ausencia de su padre se debió a su fallecimiento. Podemos suponer que la institución en la que vivía entonces guardó silencio sobre la muerte de su padre. Sin embargo, este hecho dejó huellas en toda la vida de Daniel, tanto objetivas como psíquicas. Con el paso del tiempo, comprendió que ya no contaba con nadie y estaba en manos de las instituciones. La institución impidió que se llevara a cabo un proceso de duelo y, en su lugar, creó un vacío y favoreció el crecimiento del fantasma del abandono paterno.

Durante su vida intramuros, Daniel conoció cinco internados diferentes. El que le dejó más huellas positivas fue la Cidade dos Meninos (Ciudad de los Niños), conjunto ubicado en una región rural a 30 km del centro de Río, formado por primaria, secundaria, talleres y dormitorios. Cada centro funcionaba de manera aislada, con un albergue y una escuela. El criterio para la asignación del niño a cada establecimiento era la edad. Cuando el niño rebasaba la edad prevista para permanecer en una escuela, era enviado a otra y, por lo tanto, se separaba de sus compañeros, el profesor y los inspectores. Aunque las escuelas estuvieran en el mismo espacio, en principio los alumnos sólo podían volver a verse en los festejos o las ceremonias oficiales, que eran muy pocos. El niño sólo podía mantener lazos afectivos perdurables con los funcionarios, en caso de que hubiera podido establecer una relación privilegiada con ellos.

LOS CÓDIGOS INSTITUCIONALES

Desde que llegó a la segunda institución en la que vivió, Daniel comprendió la existencia de varios códigos de convivencia: entre los alumnos y en su relación con los inspectores. En lo que respecta a la segunda, cabe señalar que había dos categorías de internos: los protegidos y los relegados por los inspectores. Los primeros recibían algo

de afecto y gozaban de algunos derechos gracias a la posición privilegiada que tenían con los inspectores.

Las relaciones entre el alumno y los funcionarios adoptaban diferentes formas. Había funcionarios que desempeñaban el papel de padres para algunos alumnos, que incluso estaban autorizados a ir a casa de aquellos algunas horas o pasar ahí el fin de semana. Había otros para quienes los alumnos representaban una mano de obra barata, pues les pagaban lo mínimo por hacer servicios domésticos o tareas de jardinería. En otros casos, la relación era más ambigua, pues se establecía en ambos registros.

Cuanto menores eran sus lazos de parentesco extramuros, los alumnos se vinculaban más con el personal. Desde los ocho años, Daniel empezó a ser estimado por una inspectora (Dona Carmelia) por quien alimentó un afecto filial. Él piensa que la ventaja que tuvo y que facilitó esta relación fue su creatividad⁶ y su manera de expresarse a través de la música. Nos dice: “Empezaron a ver que tenía creatividad. Me sabía todas las canciones de Roberto Carlos (cantante popular brasileño)”. A Daniel le parecía que la alegría y la creatividad eran capitales afectivos que debía desarrollar para que lo quisieran.

Entre los códigos construidos por los alumnos, podemos mencionar los que se aplicaban cuando llegaba un nuevo compañero. En ese momento, se celebraba un rito de pasaje que permitía a los miembros de los diferentes grupos poner a prueba la fuerza y la masculinidad del recién llegado. Normalmente, se efectuaba un combate físico cuyo objetivo era, entre otros, someter a una situación de invalidación sexual al nuevo interno. Si éste ganaba el combate, ocupaba una posición respetada; de lo contrario, podían someterlo a humillaciones. No obstante, era posible que le impusieran otras pruebas en otros momentos, lo que a veces ocasionaba pleitos.

Uno de los factores que podía propiciar el respeto era la relación privilegiada con alumnos que tuvieran un lugar destacado en los distintos grupos. También se valoraba la antigüedad. Llevar mucho tiempo en la institución significaba tener una memoria viva de ésta y poder comunicarla a los demás.

Entre las formas institucionales para mantener la disciplina, se privilegiaba el castigo.

La regla institucional que Daniel consideraba más agresiva era la obligación de irse en el momento en el que ya no tuviera la edad permitida para seguir viviendo en determinada institución. Las representaciones educativas y pedagógicas de la época estaban muy marcadas por la obediencia a esta forma perversa de burocracia. Los alumnos que rebasaban cierta edad empezaban a preocuparse, porque sabían que su parti-

⁶ M. Lani-Bayle cita la creatividad como un mecanismo de defensa conocido entre los niños internos o en custodia, “el único que le permitirá llenar su vacío y evitar la desesperación”, en Abels, C., 1997; p. 37.

da era inminente. Una de las tácticas que adoptaba la dirección era no avisar al niño que se iría, para no incitarlo a huir. Llegado el momento, el niño apenas tenía unas cuantas horas para arreglar rápidamente sus cosas y despedirse. Se invitaba al alumno a llevarse únicamente sus objetos personales. Debía dejar el resto de los símbolos de la institución de la que se separaba (por ejemplo, zapatos y uniformes). En la nueva escuela le darían todo de nuevo. También se le identificaría de otra manera, en particular recibiría un número nuevo. Era una práctica común llamar a los niños por su número, el cual correspondía a su inscripción en la institución. Daniel nos cuenta cuáles fueron sus identidades institucionales: “En las escuelas fui 2, 13, 29, 42 y otros números de los que ya no me acuerdo”.

Al partir, Daniel echaba mano de toda su resistencia para no quedar sujeto a las lógicas de despersonalización o aniquilamiento de su subjetividad.

La edad y los virajes

La Cidade dos Meninos fue el establecimiento más importante en toda su vida institucionalizada. Vivió ahí ocho años con algunas interrupciones. Residió en distintos albergues dentro de esta institución, que incluía, en el mismo conjunto, una granja enorme. Le encantaba el campo. Le gustaba ver crecer las verduras y criar los animales que eran sacrificados para los días de fiesta. Fue en este lugar donde conoció el cariño de Dona Carmelia y sus hijos. Frecuentaba su casa y jugaba con sus hijos. Con esta familia se comportaba de manera tal que no perdiera el afecto que recibía, tratando de mostrarse servicial y creativo. Nos dice: “Le cocinaba, le sembraba plantas, al mismo tiempo que yo la necesitaba, ella me necesitaba a mí [...] Sus hijos trabajaban hasta muy tarde. Cuando llegaban, yo ya había hecho de comer, así que me trataban como a un hermano”.

Le daba miedo quedarse solo en esa casa porque si algo desaparecía, no quería que pensarán que él podía ser el responsable. Tal vez tenía la fantasía de que verdaderamente formaba parte de la familia, apropiándose de un lugar en su recinto.

También había cultivado amistades en el vecindario.

En la Cidade dos Meninos se educó, pues ahí aprendió a leer y escribir y tomó cursos de capacitación para aprender los oficios de panadero, albañil y tipógrafo.

Por otra parte, en esta institución vivió dos experiencias muy importantes. A los 14 años, ocurrió un nuevo hecho: un hermano mayor fue a buscarlo. En aquel entonces, este hombre vivía con una compañera bastante mayor que él y que tenía varios hijos. Por medio de un amigo, el hermano se enteró del destino de Daniel y quería que éste se fuera a vivir con él. Ese mismo hermano ya lo había visitado, una sola vez, unos

años antes y después no volvió a dar señales de vida. La visita de su hermano provocó en Daniel un estado de desolación. Probablemente revivió la primera experiencia de abandono, cuando su madre se fue de la casa. Por la edad de la compañera de su hermano, había fantaseado y vivido como si ésta fuera su madre. Se evadió. “Ya no quería ver a nadie de mi familia, me habían abandonado”, decía. Mientras revivía la experiencia de abandono de una manera muy acentuada, Daniel sentía que esta aparición afectaba su relación con Dona Carmelia. Ese mismo día fue a refugiarse en su casa, pero ella lo convenció de reunirse con su familia. El director del establecimiento le aseguró que podía irse con su familia y si no quería quedarse ahí, tenía derecho a regresar, así que aceptó irse. Se quedó con su hermano quince días, al cabo de los cuales decidió regresar a la institución. Retomó sus estudios, pero esto duró poco tiempo.

La Cidade dos Meninos, que antes representaba para él su ciudad, su familia, sus afectos, sus desdichas, en pocas palabras todo su mundo, empezó a adquirir significados diferentes. Ya no lograba saber si quería quedarse o irse.

Cuenta con mucho pesar la segunda experiencia dramática: el día que se vio obligado a abandonarlo todo. Estaba en casa de una vecina de Dona Carmelia, cuando un amigo llegó a avisarle que el director lo llamaba para mandarlo a otra institución. Al principio se rebeló, dijo que no iría, pero sus allegados lo convencieron de que fuera. Una hora después, Daniel ya estaba a bordo del autobús que lo llevaba, junto con otros compañeros, a un destino desconocido.

En las entrevistas, Daniel rememoró el momento de esta ruptura con una gran tristeza. Recordaba la alegría que sentía en el campo. En el autobús, en el trayecto a la nueva institución, la única idea que lo animaba era la de huir. Los argumentos racionales de un compañero de viaje lo persuadieron de no tomar esta decisión.

La lógica de la partida obligada representaba en la vida de varios internos la reproducción de sus primeras experiencias dramáticas: la separación del niño de su familia. Las instituciones no tenían en sus procedimientos oficiales estrategias para minimizar estas separaciones, sino que, por el contrario, reproducían las primeras formas dramáticas que había vivido el niño. De esta forma, cada separación revivía el drama sufrido en la primera ruptura y en todas las sucesivas. Cada vez era más duro soportar las rupturas. Por ende, podemos decir que estas instituciones conllevaban las modalidades perversas de ser creadoras de desarraigo.

El asfalto: la vida extramuros

Dieciocho años es la edad límite legal permitida para vivir en estas instituciones. Al cumplir esa edad, a los internos les aguardaba el servicio militar en el ejército. Cuando

finalizaba ese periodo, se iban a vivir al pavimento, el asfalto, referencia metafórica usada por las categorías institucionales para caracterizar la vida extramuros. Ésta contrasta con el mundo anterior, siempre situado en un marco institucional que marcaba el ritmo de los días y organizaba la vida de los alumnos como la de unos soldados. El asfalto representa la vida en las grandes ciudades. Efectivamente, muchas personas encuentran en las actividades realizadas en la calle su único medio de subsistencia.

El año que vivió en el ejército le permitió a Daniel hacer la transición entre las instituciones y el asfalto. El hecho de estar al servicio del ejército, de vivir en sus instalaciones, de poder salir el fin de semana y ver a su familia le dio las condiciones para experimentar los dos mundos a la vez: el intramuros y el extramuros. Ser soldado y, al mismo tiempo, recibir una pequeña remuneración le otorgaba, por primera vez en la vida, un estatus social con cierto valor, reconocido por él y por su medio social: ya no era un niño abandonado, sino un servidor de la patria.

De esta manera, logró superar la transición del mundo de la adolescencia al mundo masculino adulto. No obstante, se preguntaba con inquietud sobre la vida que tendría cuando terminara este periodo. No quería acabar como algunos de sus ex compañeros institucionales: reducidos a actividades marginales. Fue en esos momentos, hablando con su capitán sobre el miedo al futuro, cuando éste le aconsejó formar una familia, el medio era “hacerle un hijo a tu amiga... así se volverá tuya”. Daniel comenta este consejo: “No tenía nada, ni casa, ni a nadie. Así que pensé: lo voy a hacer”. Cuando la compañera elegida quedó embarazada, se dijo: “Ahora sé que es mía”. Pero al mismo tiempo esto le preocupaba enormemente. Pensaba: “¿Y ahora qué voy a hacer sin dinero, sin casa?”. Pero esta preocupación ya estaba centrada en un proyecto de familia.

Si consideramos al capitán como actor social institucional, es interesante señalar que el único proyecto que la institución pudo sugerir a Daniel fue en el ámbito privado, como si en la esfera pública las posibilidades para los jóvenes fueran inexistentes.

En cierta forma, la idea de “tener un hijo” tuvo un gran eco en Daniel. Fue como si escapara de lo efímero y se aferrara a la posibilidad de perpetuarse en varias generaciones. La familia lo inscribe en un orden genealógico, le permite sentir que la transmisión es muy importante y, en consecuencia, asegurar un lugar como heredero.⁷ También representa para Daniel un proyecto de vida, al que va a canalizar una gran parte de sus recursos.

Para ganarse la vida, cuando sale del ejército se dedica a la misma actividad que su hermano: recolector de papel en el centro de la ciudad. Esta forma de subsistencia informal es muy común en los grandes centros urbanos brasileños. El papel y el cartón usados se venden para reciclaje.

⁷ Acerca de este tema, véase V. de Gaulejac, 1983.

Al principio, Daniel se va a vivir con su hermano y su familia, en una barraca ubicada en un suburbio muy alejado del centro de la ciudad, en Niteroi, Río de Janeiro, donde trabajaban. Como la *favela* estaba muy lejos del lugar donde trabajaban por la tarde, y el transporte público era muy caro, él y su hermano iban a su casa sólo el fin de semana. Entre semana vivían en la calle; en la noche dormían frente a una tienda.

La vida entre la calle y el lejano suburbio se había vuelto muy dura, así que decidieron invadir un terreno en el centro de la ciudad y establecer, con otros de igual condición social, una pequeña *favela*. Al principio de la invasión, Daniel ayuda a su hermano a construir su casa. En aquella época ya vivía con su joven compañera y su hijo estaba recién nacido. Después de un año, empezó a construir su propia casa. El relato acerca de esta primera vivienda está lleno de orgullo: "Las paredes eran de tabique y tenía piso", lo que significa que era una casa pequeña con ciertas comodidades. Tres años después del establecimiento de la *favela*, la alcaldía del municipio decidió desalojarla. Luego de una gran cantidad de negociaciones, se decidió que los habitantes que aceptaran serían transferidos a la periferia a unas casitas (15m²) construidas por el gobierno. A cambio, se entregarían las escrituras a los habitantes.

Antes del desalojo, muere el hermano de Daniel, quien era alcohólico y tenía problemas hepáticos.

El cambio de la *favela* al conjunto habitacional representa para Daniel una nueva etapa en su trayectoria. Fue entonces cuando empezamos a trabajar con él sobre su historia de vida. Tenía entre los colonos un liderazgo muy reconocido. En ese mismo periodo, se creó en la localidad una asociación de colonos. Daniel formó parte de la dirección, pero no quiso ocupar la presidencia.

Vivir en el conjunto habitacional significó mucho para él: "Fue mi primera casa de verdad". Otros con la misma situación social compartían este sentimiento. Sin embargo, para seguir viviendo ahí había que enfrentar problemas muy evidentes: el alejamiento del centro de la ciudad y nuevos gastos, como la electricidad, dado que ya no era un ocupante ilegal. Para muchos habitantes, los costos excesivos eran superiores a las ventajas ofrecidas, lo que los obligó a irse de la zona después de vender su casa. Daniel formaba parte de los habitantes que, sin dejar de reconocer los costos sociales elevados, querían invertir en el conjunto habitacional y en su propia casa. Llevó a cabo mejoras para que su casa fuera un poco más cómoda. Levantó un muro alrededor del terreno, construyó una habitación y un balcón.

En el aspecto laboral, logró tener un empleo oficial en una tienda del sector de limpieza, pero en la práctica no es más que una especie de trabajador que hace todo tipo de tareas. Sin embargo, esto representó cierto ascenso social. En Brasil, la mayor parte de los derechos sociales dependen de tener un empleo oficial, lo que representa cierto

grado de ciudadanía.⁸ El efecto inmediato que se obtiene es tener la prueba concreta (talón de pago) que otorga el estatus de trabajador. Es una señal que permite no ser confundido con los marginados. La institución que más exige este tipo de pruebas es la policía. La vida familiar de Daniel también evolucionó. Tras el deceso de su hermano, desempeña el papel de hermano mayor y ayuda a la viuda y a sus hijos. Aunque en su discurso dice que desconfía de esta rama de la familia, en la práctica emplea medios para mantenerla unida y satisfacer sus necesidades mínimas. De este modo, realizaba trabajos en la casa de la viuda de su hermano y compraba mensualmente alimentos para la familia de su cuñado. En cierta forma, funge como jefe de la familia extensa. Siempre está presente para que la familia no pase grandes apuros. Pero, a la vez, en el nivel del discurso, dice sentirse desconfiado. Probablemente es una manera de protegerse si un día esta familia lo abandona.

Tiene el sentido de compartir, aunque sus medios sean muy reducidos.

En su relación de pareja, su compañera alienta sus acciones ante su familia. Asimismo, contribuye mucho a la economía familiar tanto por sus labores en casa como por su trabajo recolectando papel.

La vida de la familia de Daniel pasa por otra prueba cuatro años después de haberse mudado al conjunto habitacional. Gradualmente, este territorio cae bajo el control del tráfico de drogas.

En los territorios conquistados por el narcotráfico, las instituciones oficiales mantienen una presencia muy desdibujada, lo cual permite que este comercio se desarrolle con rapidez, lo que acarrea consecuencias muy lamentables para las poblaciones locales.

Una de las estrategias del narcotráfico consiste en establecer un poder local fuerte, incluso tiránico,⁹ que niega a los habitantes el derecho a ir y venir y les impide mostrar actitudes espontáneas. La mayoría de los habitantes no participan en el tráfico, pero para sobrevivir se ven obligados a someterse a las reglas impuestas y a los códigos consuetudinarios en las relaciones sociales.

El establecimiento del poder de la droga impulsa a los colonos a adoptar conductas estratégicas. Así, por ejemplo, la asociación de colonos de la que Daniel formaba parte suspendió sus actividades.

Vivir en este universo se vuelve muy difícil porque se debe tener en todo momento un gran dominio de sí, dado que el ejercicio de la conversación espontánea para solucionar los conflictos es casi inexistente. En vez de ello, el poder paralelo pasa a los actos, algunas veces a acciones muy violentas, incluso asesinatos. De este modo, el jefe,

⁸ Sobre este tema, véase T.C. Carreteiro, 1995, cap. XV.

⁹ Al respecto, véase T.C. Carreteiro, 2002.

temeroso de perder su poder, ha matado a varias personas. Aunque las víctimas no formaban parte de la red de tráfico de droga, su presencia y su comportamiento diferentes amenazaba el poder de los traficantes, pues menospreciaban sus actividades y mostraban actitudes de rechazo de manera relativamente directa. Por ello, un cuñado de Daniel fue asesinado en presencia de toda su familia. Ninguna forma de negociación pudo impedir que el jefe ejecutara esta acción. La vida de Daniel y la de su familia se volvió insostenible: temía que también lo asesinaran y padecía el sufrimiento psicológico de haber sido testigo impotente de un espectáculo ante el que nadie pudo reaccionar.

Algunos meses después de este asesinato, Daniel, impulsado por su compañera, abandonó el conjunto habitacional con toda su familia extensa sin dejar huella. Era la única manera de asegurarse de que no sería víctima de amenazas o de asesinato por parte del coercitivo poder local.

Para tener un techo provisional, la familia construyó a toda prisa una barraca en el terreno de la casa donde vivía una hermana de Daniel, a quien había reencontrado cuando salió de los internados. Más adelante, sin medios para rentar o comprar una vivienda, Daniel invadió un terreno en una zona ubicada a 30 km del centro de la ciudad y durante un año, los fines de semana, construyó una casa con ayuda de su compañera.

En el terreno, Daniel construyó la casa de su familia nuclear, así como un pequeño conjunto de dos habitaciones con cuarto de lavado y baño común, una para la familia de su cuñada (integrada por su compañero y dos hijos) y otra para su suegra y uno de sus hijos.

Daniel y toda su familia saben que, una vez más, el reinicio de su vida no está garantizado. Pueden perder la casa si aparece el propietario del terreno. “Espero que no aparezca, pero nada es seguro [...] tengo mucho miedo de que eso llegue a pasar”, nos dice. La familia también está consciente de la inestabilidad que representa vivir en estos lugares. Sin embargo, se sienten más seguros ahí que donde vivían antes, tienen la sensación de haber reiniciado su vida, pues han obtenido su libertad. En el anterior conjunto habitacional, les era imposible sentirse dueños de su vida. Su mujer nos dice: “Aquí vivo, vivimos, allá vegetábamos”.

La lucha por convertirse en sujeto

La vida de Daniel está marcada por el sufrimiento y el desarraigo. Sin embargo, hemos visto cómo ha luchado para no ser un sujeto aislado, para crear vínculos, aunque su situación social lo ha llevado a deshacer continuamente los tejidos sociales.

La violencia siempre ha ocupado un lugar importante en su vida. Se ha presentado con rostros diferentes. Cuando vivía en las instituciones, se manifestaba por medio de

amenazas y, en ocasiones, de la realidad de los castigos físicos aplicados para mantener el orden. Los jefes de los subgrupos en los internados utilizaban el mismo tipo de sanción para ganar poder sobre los alumnos. La violencia también se ejercía de manera simbólica, por medio de heridas en las relaciones intersubjetivas, cuando se obligaba al alumno a abandonar todos los vínculos estables y seguir su vida en otro internado. En este sentido, podemos afirmar que las reglas institucionales funcionaban rompiendo la construcción de la experiencia de la historicidad. De acuerdo con la psicoanalista Lore Schacht (1977), esta forma de experiencia se forja en la relación con el otro y adquiere profundidad en la rememoración compartida y comunicada. Por consiguiente, el lugar del otro es primordial, puesto que es testigo, actor y compañero de rememoración. No obstante, en la vida institucional de Daniel percibimos que el otro es siempre alguien cuyo control institucional impone la desaparición, porque cuando los vínculos institucionales empiezan a tener algo de estabilidad, se imponen cambios, lo que conlleva la ruptura de diferentes vínculos. Así pues, Daniel se veía obligado a reestablecer vínculos provisionales en otros territorios.

Rememorar, nos dice M. Enriquez (1987), es un ejercicio del aparato psíquico; ahora bien, este tipo de ejercicio es difícil en el tipo de institución donde vivió Daniel, que controla e intenta dominar la función grupal y, por consiguiente, la de la rememoración.

No obstante, Daniel muestra una resistencia a la tentativa de aniquilamiento institucional. La función de rememoración se manifiesta en la música, que lo ayuda a recordar situaciones significativas en su vida. Durante el trabajo sobre su historia, en varias ocasiones en las que expresaba la necesidad de recordar momentos importantes de su vida, cantaba. Nos dijo: "Cuando quiero recordar, me pongo a oír música, para cada situación importante, tengo una canción". Según Anzieu (1987), la música funciona como una capa psíquica de la memoria. Podemos formular la hipótesis de que, en el caso de Daniel, la música delinea los contornos de su experiencia y da sentido a su experiencia de vida. La música es uno de los elementos que le ha permitido resistir los aspectos mortíferos que encierran las relaciones institucionales.

Su música favorita es la *sertaneja*, género de música brasileña que habla sin metáforas de hechos concretos y enuncia sentimientos. A través de la música también podía sentir que otros han vivido situaciones similares a la suya.

Los efectos del trabajo sobre la historia de vida

Nos parece que este trabajo se inscribe en el deseo experimentado por Daniel de poder rememorar su infancia fuera de una posición aislada. "Hasta ahora, cuando quería

pensar en mi infancia, ponía un disco”, nos comentó. De este modo, nos convertimos en interlocutores privilegiados para poder hacer un trabajo sobre la memoria. El desarrollo del marco del trabajo generó situaciones no previstas por los investigadores. A este respecto, conviene explicar cómo concebimos inicialmente el marco metodológico del trabajo. Consistía en entrevistas a fondo que permitían seguir su trayectoria de vida (De Gaulejac, 1997; Carreteiro, 1995). Así, en la metodología se consideraban varios ejes de su recorrido: el familiar, el institucional, el habitacional y el laboral. El objetivo de nuestro análisis era favorecer la articulación de estos ejes. Se respetaba la cronología y las diferentes etapas de su vida aparecían claramente. Más adelante, hacia la fase final del trabajo, a partir de una propuesta de Daniel, ampliamos el marco metodológico, de lo que daremos cuenta a continuación.

Daniel nos pidió que fuéramos a conocer la Cidade dos Meninos, donde vivió la mayor parte de su vida institucionalizada, y el internado Rodolfo Fucks, Vassouras, ubicado a 200 kilómetros de Río. Conociendo nuestro interés en la fotografía y el video como instrumentos de investigación metodológica, nos pidió que filmáramos íntegramente ambas visitas. Después comprendimos que tenía necesidad de dar profundidad a su memoria en un marco diferente al de los recuerdos evocados en el aislamiento. Incorporamos sus sugerencias sobre el trabajo y, persiguiendo los objetivos definidos en la metodología inicial, también nos interesamos en los territorios concretos en los que había vivido, en las instituciones adonde lo habían destinado. Todo esto nos permitió explorar otros ámbitos significativos para el análisis de su trayectoria. Lo que cambió en ese momento fue la forma de registrar el relato. Las entrevistas se llevaban a cabo y se filmaban en un lugar concreto de sus recuerdos. La presencia de este lugar suscitaba, como podremos observar, un fuerte impacto en la forma de construir la narración.

La primera visita fue a la Cidade dos Meninos. Estaba abandonada, tras haber sido decretado su cierre por razones políticas; no obstante, aún albergaba a unos cien adolescentes, que estaban ahí a la espera de cumplir 18 años para irse al ejército.

Como el video había sido idea de Daniel, ejecutamos su proyecto, de acuerdo con sus propuestas. Quiso que recorriéramos toda la Cidade dos Meninos, pues había vivido en todos los albergues de este establecimiento, y como el lugar es enorme, nos quedamos un día completo. En cada lugar donde había vivido nos explicaba cuáles eran sus actividades, los maestros que había conocido, lo que había aprendido, cómo era la vida cotidiana de los alumnos. También recordaba varias situaciones vividas. Al mismo tiempo que desempeñaba ante la cámara el papel de un actor que contaba su historia, daba su testimonio. El video creaba un espacio intermedio de actor-testigo, lo que permitía forjar una temporalidad a medio camino entre el pasado y el presente. Se puede decir que, al regresar, estos dos lugares, a la vez que le evocaban el pa-

sado, actualizaban su recorrido de vida, permitiéndole reconocerse como sujeto de su trayectoria. Funcionaba en varios registros:

— *Conocimientos adquiridos*: recorrer los talleres, explicar su funcionamiento, el engranaje de las máquinas, los hornos, las calderas, hablar de las cocinas o incluso pasear por el campo, comentar las técnicas para sembrar y cosechar, todo esto representaba para Daniel una manera de demostrar sus conocimientos. Al mismo tiempo que hacía gala de sus conocimientos, éstos validaban su experiencia de vida anterior.

— *Sufrimientos vividos*: en la Cidade dos Meninos, al entrar en los grandes salones ahora vacíos, Daniel, con sus palabras llenas de recuerdos, nos transportaba a un tiempo pasado que se volvía presente gracias a su relato, a la descripción de los detalles, los sentimientos, las situaciones importantes. De este modo, los salones vacíos se volvían comedores, dormitorios y se llenaban de alumnos, que se empujaban y peleaban.

Estar en el lugar del pasado ofrecía el marco para que los recuerdos pudieran aflorar en la memoria, trabajados por el tiempo y los fantasmas.

— *Memoria compartida*: tener dos interlocutores como testigos, no sólo de su historia, sino de los lugares donde se construyó una parte de ella, hacía que Daniel viviera una experiencia muy valiosa. La historia adquiriría una dimensión colectiva. Al reconstruirla justo en el lugar donde nació, frente a nosotros se convertía en un artesano de su vida. De esta manera, el trabajo sobre su relato de vida permitía crear una nueva capa de memoria. Podría pensarse que las visitas a los sitios que forman parte de su historia representan un acontecimiento biográfico de su historia de vida. Nuestra presencia contribuía a la construcción, deconstrucción y reconstrucción de su historia. Al mismo tiempo que nuestra participación ofrecía la posibilidad de dar mayor profundidad a sus capas de memoria, ayudaba a crear otra historia: nuestra historia con Daniel. Todo esto le permitiría, en un futuro, evocar este suceso de una manera privilegiada: “¿Se acuerdan cuando fuimos a la Cidade dos Meninos [...]?” y contaba cosas que habíamos vivido juntos.

— *Trayectoria de vida*: en la Cidade dos Meninos, como ya lo mencionamos, aún vivía un centenar de adolescentes. El domingo que fuimos estaban unos quince. Daban la impresión de vivir un tiempo sin ninguna temporalidad futura. ¿Qué harían después de los 18 años? No dejábamos de pensar en esa pregunta. En circunstancias de vida dramáticas, es común observar que los seres humanos utilicen como defensa pensar únicamente en la situación presente. Aquel día, este grupo de adolescentes se entretenía cuidando maternalmente a unos cachorros sin madre. Era importante para ellos que los animales sobrevivieran. Sin decir nada, tanto los investigadores como Daniel comprendieron las circunstancias que vivían estos adolescentes: carentes de un proyecto, solos en el mundo y con la vida aprisionada en el presente de una institución que iba desaparecer cuando se fueran. En un arranque de angustia sorda, Daniel

les contó su vida: un niño abandonado que vivió en varias instituciones, que fue recolector de papel, pero que logró tener un trabajo, una familia y una casa, aunque ésta fuera humilde. “Pero para una persona que salió de aquí sin tener nada, ya es mucho”, afirmaba. En ese momento se volvió hacia nosotros y dijo: “Ellos son de la universidad [...] me están ayudando a contar mi historia”. En su proyecto para los adolescentes, Daniel ponía énfasis en el éxito individual gracias a los estudios. Parecía estar diciendo a los jóvenes que el único capital con el que contaban era el trabajo escolar. Asimismo, les proponía como proyecto de vida para el futuro “formar un familia”, argumentando “si te vas de aquí sin una mujer y un hijo, no tienes ninguna preocupación, entonces empiezas a hacer tonterías (referencia al interior de la institución) y luego ya no paras”.

Parecía que los adolescentes lo escuchaban maravillados. Tuvimos la impresión (probablemente ilusoria) de que era una de las raras ocasiones en que escuchaban el testimonio de alguien con quien podían identificarse por el viraje de una historia común.

Pensamos que este episodio, fruto del azar, permitió que Daniel tuviera una mirada más distante hacia la trayectoria de su vida y, al mismo tiempo, que mostrará su lado ejemplar. Le daba cierto orgullo contar su vida a quienes compartían su situación social y decirles que había logrado salir adelante.

Al final de la jornada en la Cidade dos Meninos, Daniel nos preguntó cuáles habían sido nuestras impresiones sobre el día. Estábamos llenos de recuerdos y emociones. Durante el día tuvimos la sensación de haber vivido con Daniel un resumen intenso de una parte muy importante de su vida. En las horas que estuvimos juntos, fuimos compañeros de recuerdos compartidos y de la construcción de nuevos recuerdos. También le dijimos que nos venía a la mente la letra de una canción brasileña que dice “recordar es poder vivir”.

Los recorridos de visita no habían terminado. Después de ir a las dos instituciones, hubo un nuevo viraje en la vida de Daniel cuando, como ya señalamos, tuvo que abandonar, junto con su familia, el nuevo conjunto habitacional. Mientras él seguía yendo a la universidad, fuimos a verlo cuando vivía con su hermana en una barraca minúscula. También fuimos a conocer la casa que estaba construyendo. Cuando la terminó, lo visitamos por última vez.

Creemos que un trabajo sobre la historia de vida, aunque no tenga por objeto en sí mismo estimular el cambio, puede contribuir a crear aspectos no previstos de cambio.

Como este trabajo fue realizado por dos investigadores, había momentos en que Daniel podía identificarse más con uno que con otro. Si bien los aspectos de la transferencia, en el sentido freudiano, no eran el objeto directo de elucidación, en varias ocasiones sirvieron para orientar la conducta que debía seguirse en la investigación. Al

respecto, pensamos en Revault d'Allonnes (1985, pp. 183-190), para quien la actividad de la investigación no se realiza en la transferencia, sino sobre ésta, lo cual, a nuestro juicio, la define como una de las dimensiones que debe escucharse, considerarse y servir para orientar la acción de los investigadores. Creemos que la transferencia no sólo interviene en el registro psicoafectivo, sino también en los registros psicosociales. A propósito de estos últimos, Daniel logró explorar lo suficiente el lugar que tiene su padre no sólo en su historia, sino en su papel social. Estimamos que el hecho de sentir tanto la falta de esta figura paterna y darse cuenta de que podía ser reconocido en el registro filial, por medio de la relación transferencial que se establecía con los investigadores, le permitieron comprometerse a hacer una investigación objetiva sobre las condiciones en las que murió su padre, el puesto que tenía como funcionario y sus derechos sobre la herencia. Dio con el acta de defunción del padre (una tarea no sencilla en Brasil). Como ya no tenía derecho a la pensión por ser mayor de edad, inició los trámites para que una hermana soltera pudiera recibirla. En el nivel inconsciente, es como si él también obtuviera una especie de reconocimiento simbólico de la filiación. De este modo, volvía a ocupar un lugar en la herencia simbólica familiar y como heredero ciudadano. Al entregar una pensión a su hermana, el Estado de alguna manera reparaba el error cometido con Daniel, puesto que a la muerte de su padre la institución donde vivía debió haber hecho los trámites necesarios para que él recibiera una pensión.

En cuanto a las relaciones psicológicas con la madre, Daniel las analizó con mucha dificultad. Sobre todo, se sentía abandonado por ella. Vivir ese abandono le resultaba muy doloroso. Psicológicamente, se resistía a saber cuál había sido el destino de su madre. Evocaba varias hipótesis: "Algunos dicen que se volvió loca; otros, que la atropelló un carro". Nos parecía que evitaba abordar los significados del abandono. En una de las últimas entrevistas, nos dijo: "En realidad, aunque mi madre estuviera viva, ya no querría conocerla. Ya no tendría el amor de un hijo por ella". En su relación con la imagen materna, es como si viviera siendo leal al padre, lo que le impedía recuperar su condición de hijo de una madre también.

Tenemos la hipótesis de que, en su vida, desea que la mujer ocupe un lugar más establecido en su economía psíquica. Al mismo tiempo, su búsqueda está llena de desconfianza, como si inconscientemente tuviera miedo de encontrar en las relaciones con las mujeres el sentimiento de abandono que tiene respecto a su madre. Durante toda su vida ha colocado a varias personas en el lugar materno vacante. Dona Carmelia fue la persona que le pareció que podía llenar el espacio materno, pero, como hemos visto, Daniel se pregunta si le daba un lugar de hijo o sólo el de un sirviente hijo.

Creemos que durante el trabajo sobre su historia de vida, Daniel construyó ideas más realistas sobre su padre. Gradualmente desecha la idea de un padre abandonado por su madre y enuncia que su padre era un hombre difícil, mujeriego y bebedor.

Encuentra un lugar en la herencia de sus padres y, a la vez, se hace una idea menos idealizada del padre y un poco menos defensiva de la madre.

Pensamos que el trabajo con los investigadores fue importante en las reconstrucciones que emprendió. Es como si, en el nivel inconsciente, vislumbrara la posibilidad de tener un padre y una madre.

Respecto a la transferencia de orden psicosocial, recurría a aspectos que consideramos importantes. La mayoría de las entrevistas se llevaron a cabo en la universidad. Estaba muy enterado de nuestras inclinaciones intelectuales. A veces nos hacía preguntas sobre los estudios que habíamos realizado y sobre nuestros intereses.

Al final del trabajo sobre su historia de vida, Daniel nos dijo que había decidido volver a estudiar. Estaba terminando el bachillerato, lo que hacía por las noches después del trabajo de manera intensiva.

En nuestra última llamada telefónica, seis meses después de haberlo visto por última vez, ya había terminado sus estudios. Dijo que no podía seguir adelante porque, por su trabajo, no tenía disponibilidad de horario. Los estudios lo obligaban a regresar a su casa a la una de la madrugada y tenía que salir al trabajo a las seis de la mañana. Se sentía interesado en la informática. Pensaba tomar un curso, con la esperanza de encontrar otro empleo en el futuro. Afirmó: "Tengo que progresar, porque en el trabajo en el que estoy, nunca voy a pasar del lugar que tengo".

Una vida que se vuelve historia: la construcción de la historicidad

¿Qué decir de un trabajo sobre la historia de vida que se inscribe en un largo periodo y que no se apega a un marco metodológico demasiado estricto? Conviene hacer varias observaciones.

La primera tiene que ver con cómo se vive el tiempo. Las personas que están en el nivel de la supervivencia, como era el caso de Daniel cuando lo conocimos, tienen muchas dificultades para retroceder, en un momento previsto con antelación, a fin de abordar sus historias. El esfuerzo de supervivencia imprime un ritmo de vida centrado en la urgencia. Los proyectos se construyen a medida que la necesidad se presenta, en la inmediatez del presente.

La segunda observación se refiere a las demandas. En principio, Daniel no era alguien que pidiera un trabajo sobre la historia de vida. Las personas que viven bajo el signo de la urgencia tienen demandas muy acuciantes, por ejemplo, mejorar sus condiciones de vida. Para Daniel, lo que parecía urgente era el mejoramiento de su hábitat, que era muy precario.

Nuestro interés por la historia comunitaria nos llevó a realizar un trabajo de investigación en acción en el lugar donde residía Daniel y a tener interlocutores privilegiados en su espacio de vida. Daniel tenía el papel de líder en el lugar donde vivía. Este aspecto nos permitió proponerle un trabajo sobre su propia historia. Podemos decir que expresamos una demanda que coincidió con un deseo incipiente de parte suya.

El trabajo se inició dentro de este marco. Tenía en cuenta la experiencia de vida y las condiciones concretas de existencia que la vida le imponía. Nos pareció que el marco debía ser flexible y abierto a lo nuevo, pero siempre centrado en su trayectoria y la reflexión sobre ésta. Cuando se planearon las visitas y las filmaciones en las instituciones, consideramos importante que después del tiempo de la experiencia vivida dedicáramos tiempo a la reflexión. Así, cuando nos encontramos después de las visitas, vimos y comentamos las filmaciones, señalando los elementos que nos habían parecido más destacados. Esto proporcionaba un marco de trabajo que nos permitía tanto centrarnos en su historia como dar profundidad a la experiencia que vivimos juntos. Al trabajo se sumaba un tiempo de rememoración/reflexión.

Nos dimos cuenta de que la película permitía, a la vez, tomar distancia respecto a la experiencia, analizarla, comentarla y, por último, poner de relieve sus diversas dimensiones.

Como ya señalamos anteriormente, un aspecto destacado de la historia de vida de Daniel es el de los sucesos de ruptura que marcan la discontinuidad en su trayectoria; se puede pensar que la experiencia del relato compartido desde la perspectiva tanto de las entrevistas como de los videos funcionaba como una forma de recopilación que se oponía al proceso de disyunción/ruptura. Al crear vínculos entre los sucesos dispersos de su historia, los relacionaba y analizaba.

El seguimiento de Daniel durante el trabajo sobre su historia le permitió elaborar una síntesis dinámica de sí mismo y buscar el sentido de su vida con nosotros (los investigadores) y ante nosotros.

Los procesos de transferencia en marcha, en su dimensión psicoafectiva, hacían de la pareja de investigadores un padre y una madre sustitutos y le permitían construir ideas más realistas sobre sus propios padres. Al mismo tiempo, la transferencia tenía una dimensión institucional, puesto que una era profesora y el otro becario psicólogo de una prestigiada universidad de la ciudad donde vivía Daniel. Para comprender este aspecto, debemos reubicar en su contexto el marco de su vida pasada. Adquirió una parte de su identidad en las instituciones. Aunque odiara algunas, apreciaba otras y les veía aspectos positivos. Desde la perspectiva de la identificación, una institución con aspectos positivos lo ayudaba a sentir que él también compartía esas virtudes. Así aprendió a valorar las instituciones, como si simbolizaran un nombre de familia. Esto también se aplicaba al trabajo realizado en conjunto. Para él, la institución a la que

pertenecíamos representaba nuestra filiación. En la dimensión de la transferencia institucional, representándonos como padre y madre, él también pertenecía a este linaje. Esto adquiriría aún mayor relevancia porque su padre había sido funcionario de esta misma institución.

Nos pareció que, gracias a este trabajo, Daniel adquirió la dimensión de sujeto de su historia y, por consiguiente, de sujeto de historicidad. Se asumía como:

- *Sujeto social*: como el que se constituye en el encuentro con instituciones sociales.
- *Sujeto reflexivo*: capaz de tomar distancia en relación con su historia y hacerla suya al reconstruirla.
- *Sujeto de la novela familiar*: sujeto que asume y retoma su lugar en el orden familiar.

— *Sujeto de la transmisión*: el que se percibe en la temporalidad, recupera el pasado en el presente y se lanza hacia el futuro. Daniel trataba de recomponer una cadena significativa de la historia, tanto en la dimensión de la novela familiar como en la dimensión institucional. Ocupa un lugar en el orden de transmisión. Esto se lleva a cabo de una manera diferente a partir del momento en que decidió tener una familia, cuando tuvo la necesidad de un proyecto generacional, de dar un sentido a su existencia, como ya lo mencionamos. El trabajo sobre su historia de vida le permitió percibirse en la corriente de transmisión (Legendre, 1985). Fue así como nos afirmó: "Voy a guardar las películas porque un día se las mostraré a mis hijos, para que sepan que todo fue verdad". Lo acompañamos para que fuera el personaje de una película que es su propia historia.

Este proceso es creador de sentido y contribuye a la reformulación del sujeto de la historia, aquel que es capaz de aprehender su sentido y tomar conciencia de que existen límites, desconocimientos que la traspasan y de que el objetivo del ser humano es tratar de construir un sentido, a sabiendas de que es imposible concluir este trabajo.

El trabajo de la historia de vida ayudó a Daniel a construir su historicidad, a verse como sujeto de su historia, enfrentándose a las restricciones y las posibilidades de volverse un artesano de su historia.

La capacidad de oponer resistencias

Al evocar su vida intramuros y extramuros, debemos poner de relieve la capacidad de Daniel para resistir (no en el sentido freudiano, sino en el de combatir las formas de aniquilamiento) y adaptarse. Vivió intensamente aspectos que podríamos considerar mortíferos, dado que primero eran dispuestos por un imaginario engañoso (Enriquez, 1997) que no conduce al hallazgo de aspectos originales, sino a la repeti-

ción de dicho imaginario. Está seguro de que cualquier institución y cualquier vida social presentan aspectos mortíferos y vivos. Se puede establecer un equilibrio inestable entre estos dos aspectos o el predominio de uno sobre otro, pero siempre coexisten dos dimensiones.

Sin embargo, nos parece que Daniel supo resistir los aspectos mortíferos anteponiendo resistencias estratégicas o bien inconscientes. Se resistía a la opresión adaptándose, pero sabiendo conservar cierta originalidad. Transformó su creatividad encontrando una salida para escapar de la opresión. De este modo, el capital relacional se volvió una ventaja importante para él.

Danieles, Danieles...

El análisis de esta historia de vida es también el de una sociedad que funciona con fuertes desigualdades. Así pues, este trabajo nos permitió vislumbrar varias dimensiones sociales: la de las instituciones, en particular los internados y el ejército; la del subempleo, la vida de recolector de papel, y la de la vivienda precaria.

La vida de Daniel como sujeto social se puede comprender como una vida bombardeada permanentemente por fuerzas de deconstrucción social. Sin embargo, conforme va surgiendo un pensamiento de destrucción, también emerge una resistencia a padecerla; en ese sentido se afirma el sujeto singular. Los sujetos muestran su fuerza de construcción en las brechas sociales. Manifiestan ahí su deseo de vivir y de continuar siendo sujetos de su deseo.

Este trabajo fue posible gracias a que encontramos a una persona que tenía necesidad de ser sujeto del deseo del otro (necesidad de reconocimiento) y necesidad de ser sujeto de su propio deseo.

En conclusión, podemos decir que el proceso de historia de vida, tal como lo concebimos, se inscribe en una perspectiva socioclínica. Esta perspectiva supone tener en cuenta cada situación objeto de estudio, respetar su originalidad y considerar su tono particular; sin embargo, se articula y se inscribe en una perspectiva social. El investigador debe hacer gala de inventiva en el proceso y adaptar éste a cada situación considerada. Eso fue lo que intentamos hacer al estudiar la historia de Daniel, que también es la historia social de otros Danieles.

recibido en julio de 2002

aceptado en septiembre de 2002

Traducción de Virginia Aguirre Muñoz

Bibliografía

- Abels, C., 1997, "Historie de vie d'enfants placés et construction d'historicité", Tour.
- Anzieu D., 1987, "Les signifiants formels et le moi-peau", en D. Anzieu (comp.), *Les Enveloppes Psychiques*, París, Dunod.
- Bertaux, D., 1971, *L'approche biographique. Histoire de vie ou récit des pratiques?*, París, Cordes, núm. 23.
- , 1997, *Les récits de vie*, París, Nathan.
- Castel, R., 1968, "Prefacio" de E. Goffman, *Asiles*, París, Éd. de Minuit.
- Carretero, T.C., 1995, *Exclusion sociale et construction de l'identité*, París, Harmattan.
- , 2002, "Tráfico de drogas, sociedade e juventude", en *Transgressões*, Río de Janeiro, Contra Capa.
- De Gaulejac, V., 1983, "L'héritage", *Connexion* núm. 41, París, Éd. EPI.
- , 1997, *Les sources de la honte*, París, Desclée de Brouwer.
- Enriquez, M., 1987, "L'enveloppe de mémoire et ses trous", en Anzieu, D. (comp.), *Les Enveloppes Psychiques*, París, Dunod.
- Enriquez, E. 1997, *Les jeux du pouvoir et du désir dans l'entreprise*, París, Desclée de Brouwer.
- Ferrarotti, F., 1983, *Histoire et histoire de vie*, París, Librairie des Méridiens.
- Foucault, M., 1975, *Surveiller et punir*, París, Gallimard.
- Goffman, E. 1968, *Asiles*, París, Éd. de Minuit.
- Legendre, P., 1985, *L'inestimable objet de la transmission*, París, Fayard.
- Legrand, M., 1993a, "L'évènement et les catégories biographiques. Propositions pour une science de la biographie" en P. Lejeune y C. Leroy, *Le tournant d'une vie*, en RITM, 10, Université de Paris X.

_____, 1993b, *L'Approche Biographique*, Paris, Desclée de Brouwer.

Ricoeur, P., 1983, *Temps et récit*, tomo I, Paris, Seuil.

Revault D'Allones, C., 1985, "Les présupposés aux effets de l'entretien", en Blanchet, A. (comp.), *L'entretien dans les sciences sociales*, Dunod.

Schacht, L., 1977, " Découverte de l'historicité" en *Mémoire, Nouvelle revue de psychanalyse*, núm. 5, Paris, Gallimard.